

## Instrucciones para escribir un cuento con fantasmas

Seudónimo: J.J. Castillo

Antes que nada, y después de organizar la mesa —el flexo con su luz cenital derramándose sobre los papeles, la resma blanca, el cenicero limpio, el paquete de tabaco, los bolígrafos— conviene preguntarse por qué y para qué un relato de fantasmas. A esta pregunta no deberías dedicarle más que el tiempo que tarda el primer cigarrillo en consumirse entre los bordes del cenicero, o el tiempo que tarda tu hija en reclamar tu atención sobre una acuarela que ha perpetrado con una inocencia de aguas y pigmentos que, cuando menos, te hace sonreír desde esa distancia que te has marcado —que siempre te marcas— para que lo cotidiano no interfiera demasiado en lo fantástico. Cuando se marche a emborrionarse de nuevo las manos y los flequillos, y prendas otro cigarro, ya habrás decidido que hay cosas que no pueden contarse más que desde una óptica brutal y decididamente extraordinaria. La respuesta a tu pregunta te liberará al fin del primer escollo, y aunque la respuesta no es lo que se dice satisfactoria, te sentirás legitimado para abordar esa historia de almas en pena que —aún no lo sabes— te irá atormentando durante las próximas semanas.

Puede que convengas, cuando liberes la primera bocanada de humo del segundo cigarro sobre la pantalla del ordenador, que necesitas un ambiente donde ceñir la historia y donde los fantasmas, tan dados a la vaporización, adquieran un peso de cosa sólida y un arraigo aledaño a lo terreno, aunque en el fondo sabes que lo único que precisas es un hábitat donde tenerlos a mano para tus intereses. Y pensarás, recordando la acuarela de tu hija, en una casa que construirás sobre el papel con una mezcla de arquitectura y trampas imaginativas con las que ir atrapando al lector.

El lector querrá ir a vivir a esa casa que tú le estás construyendo con adjetivos de mampostería y sustantivos estucados...

Pero conviene no disgregarse. Sugiero que llames a tu hija. Que le pidas que te enseñe de nuevo su acuarela de trazos gruesos e inconclusos. Que apagues el cigarro y que la contemples —a la acuarela— con los sentidos del alma. Si te lo propones verás la casa. Con colores vivos. Con sombras que van y vienen ajenas a las leyes de la astrofísica. Con su arbolito escuálido y ese fermento de vida que subyace en el interior de toda acuarela. La casa está ahí. Que la veas o no depende sólo de tu disposición a que esa sea la casa donde habitarán tus fantasmas. Propongo que la veas aunque no la veas, pues además de tener un clavo donde agarrarte para emprender, por fin, la historia que te has sentado a escribir, se te inflarán las glándulas paternas cuando tu hija salga de tu despacho sabiéndose la Reina de los Colorines. Aunque mejor no la dejes ir. Pídele que te la regale. Clávala frente a ti —a la acuarela—. Dispón otro flexo que la bañe con su luz. Y contéplala hasta ver que su interior se nutre de vida, que se le iluminan las ventanas y que el viento mece las ramas secas de su arbolito. Entonces ya estará todo dispuesto. Prende otro cigarro. Degústalo mientras encuentras la frase con que arrancar. Y cuando la tengas —*La casa donde vine a vivir es como una isla luminosa entre un mar de piedra vieja*, por ejemplo— sabiendo que es muy posible que no puedas salir del despacho en las próximas seis o siete horas, ve a la cocina para hacer provisión de aguas y orina en previsión de una larga incontinencia.

Ya tienes la casa. El hábitat donde irá fraguándose una historia que ya te reconcome desde el eco de esa primera frase. Conviene ahora situarla, emplazarla en un ambiente donde

fluctúen con la misma intensidad las purulencias de la realidad y las miasmas de lo inverosímil, pues tu casa es un organismo vivo que te reclama para que lo salves de la putrefacción.

Escribe. Sitúala, digamos, entre la Catedral de la Se y el Castelo de San Jorge, en el corazón de La Alfama. En una calle con recovecos y perfiles sinuosos, y angosturas por donde a duras penas transitan los tranvías. La mayoría de las fachadas de esta calle habrán ido despellejándose, lasca a lasca, por el viento de un otoño que dura más de un siglo, pues el sol es un bien escaso en los entresijos de sus piedras. La polución ha depositado su sarro de carbonilla en sus paramentos con una tenacidad lenta y severa, la herrumbre ha marcado su territorio en los hierros de los balcones, y la humedad y la intemperie han bofado los tablones de sus puertas principales hasta hacerlos estallar y desprenderlos de sus goznes. Tu casa —la casa que ya vas notando tuya, para mejor decir— es diferente. Su fachada es también una fachada vieja, pero las marcas de sus sucesivas reformas han ido cuajando en ella una pátina de pétreo lozanía y de segunda adolescencia, hasta el punto que pareciera, a simple vista, que la dora otra luz y que la lluvia resbala por sus piedras con una silenciosa mansedumbre. En su interior la vida bulle con una algarabía extraña donde se mezcla la antigua disciplina conventual con el trajín diario de sus nuevos habitantes y en sus paredes aún rezuma un tufo a seminario que sus nuevos propietarios han querido atenuar con las engalanuras marineras con que han decorado la casa. [Esto el lector, aunque tú lo escribes para que no se te olviden las imágenes, deberá saberlo más tarde, pues ahora conviene dejarlo digamos que maravillado por la forma tan distinta con que el tiempo se ha manifestado en las paredes del tuyo y de los otros edificios].

Notarás que como arranque no va mal la cosa. Hay claroscuros. Un punto de suspense azul que es como una pincelada distraída en mitad de lo grises. *No está mal*, dirás mientras prendes un cigarro y miras la acuarela de tu hija, ese halo abigarrado que es como el faro que te previene contra la tentación de tomar por derroteros farragosos o coralinos donde encallar. Seguramente notarás que se te olvidó ubicar el arbolito seco en la escena. Eso puede —debería— producirte una desazón suave, una comezón que es como una mezcla de deslealtad hacia los trazos de tu hija y la certidumbre de que tu cuento comienza a tomar vida propia y que, de no atajarlo pronto, acabará escribiéndose con una autonomía peligrosa. Nada. No te apures. Enciende otro cigarrillo. Relájate. Tienes las riendas, y nadie te dijo que escribir un relato de fantasmas era cosa de dejarse ir sin más. Aún podrías injertarlo en el paisaje, retocar la escena que has tardado en perfilar el tiempo en que se consumen seis cigarrillos, aunque eso suponga correr los párrafos tantos lugares como espacio precise la escualidez del arbolito desramado. Seguramente se notará, pues el paisaje, todo, es hijo de un mismo aliento que te costará retomar al menos otra media docena de cigarros, y eso sin contar que, como ya escribimos, en la callecita apenas queda lugar para que transiten los tranvías. Sugiero esperar otro momento para colocarlo. Digamos que en el interior de la casa que, vamos a decirlo ya, comenzarás a concebir con patio interior atiborrado de parterres y bañado por una eclosión floral que te ayudará a reforzar la idea de isla luminosa entre un mar de piedra vieja.

Seguramente el olvido del arbolito te habrá descentrado lo suficiente para que los biorritmos de tu cerebro sufran una alteración —nada grave, nada irreversible— que piensas pone en peligro ese cuento que —créetelo— ha hecho ya lo más difícil: echarse a andar.

Pasea por el despacho y desentumece los músculos. La sangre volviendo a esos lugares del cuerpo que se desecan cuando sobrepasamos el límite de nuestro esfuerzo intelectual te agradecerán el receso. Fuma de pie; haz crujir los dedos como un pianista dispuesto a ejecutar su última sinfonía; remánsate mirando a través de la ventana la noche silenciosa sobre los tejados; o contempla las fotografías esas que en tu despacho retratan algún momento ido. Esa, por ejemplo, donde tu mujer y tú, recortados contra un horizonte de aguas turquesas y cielos claros os bamboleáis sobre la cubierta de un catamarán. [Las fotografías con mar obran la ilusión de la inmensidad, y aunque te sientas aburrido por ese tiempo frustrado que no existe más que en la instantánea que retienes con los párpados humedecidos, irás notando, a medida que regreses a esa historia de fantasmas que decidiste escribir, y que ahora, en la soledad de la noche —tu mujer y tu hija en un sueño profundo y lejano, donde no interfieren para nada en tu soledad creadora— irás notando, digo, que toma por derroteros de ausencias. Verás que el mar

tiene en sí mismo un discurso fantasmal y sobrehumano]. Sugiero que no te dejes llevar por las emociones. Querías escribir sobre fantasmas y retomarlo ahora con una intensidad menos abstracta te llevaría, sin remedio, a la disgregación.

Saca la foto de su marco —los vidrios obran una suerte de chispeo escamoteador que no te conviene en absoluto— y pínchala junto a la acuarela de tu hija. Divide la luz del flexo. Siéntate. Fuma si te lo pide el cuerpo —que te lo pedirá— y escribe. Dota de tendones y filamentos a esos huesos que pintaste en el primer tramo. Piensa un personaje capaz de avanzar por la historia sin temor a fundirla, que desande y ande con una frescura de rosas en abril por esos parterres que ya imaginas repletos de gladiolos enhiestos. Sugiero que veas dos. Que les des un nombre donde agarrarte pues *ella* y *él*, con ser suficiente para empezar a pensar en ellos, lastran la manera en que *sus vidas* irán incorporándose a la trama.

Teresa Bento y Antonio Vasconcellos. Marido y mujer. Dueños de la casa. Teresa anda por los cuarenta años; Antonio ronda los sesenta. Aún no sabes si se aman, aunque por la forma en que se miran en la fotografía alguna vez se amaron. Se amaron. Antonio y Teresa. Antonio fue marino. *Antonio Vasconcellos*, podrías escribir, *con quien paso las noches fumando y tomando a tragos cortos la mejor amarguinha de las Bodegas Fonseca, es un conversador hábil, que sabe darle a sus discursos el suspense y el ritmo de los buenos narradores. Es el último de una estirpe de navegantes. En su rostro se distinguen los surcos del barlovento, el rigor de las maromas ha endurecido sus manos con callosidades de piedra y conversa de ultramar con una cadencia que le delata la nostalgia de sus tiempos marineros.*

*Pesa ciento setenta quilos, y no baja al piso de abajo o a la calle desde hace más de diez años. Así que cuando le hablo de las colegialas que en el piso de abajo trajinan desnudas hasta que el sol deshilacha la bruma sobre los tejados de La Alfama, me mira con una expresión de desvalimiento y pesadumbre y me ruega, removiéndose en su sillón como un tigre viejo que no encuentra la forma de escaparse de su propia muerte, mirando hacia el final del patio donde Teresa, su mujer, desbroza los pellejos de los gladiolos, que le cuente y le recuerde sobre los cuerpos mínimos que en la oscuridad de los pasillos pasean sus blancuras virginales, sus mínimos olores de animales en celo, sus mínimas sonrosadas promesas y sus mínimos presagios de amor.*

*Teresa, desde su feudo de verdes y florestas, con golpes secos y seguros de sus tijeras, va cortándome la respiración, a medida que la respiración de su marido se ahoga en una nostalgia de sábanas calientes y de un tiempo en que los escalones no eran los escollos insalvables que ahora mira, acezante, desde su incapacidad para bajar escaleras.*

*Mañana, le digo, mientras miro a Teresa, su pelo suelto en ondas negras, sus manos firmes, y firmes sus carnes.*

Otro hito salvado. Los personajes caminan por la trama. Con paso sinuoso aún; apoyados uno contra otro: Antonio apoyado en el narrador —que a la vez es un personaje que se coló sin avisar—, el narrador en Teresa, y Teresa, desde su distancia, en la mirada del narrador. Al lector, lo notas, le perturba y distrae la atención esas colegialas que desnudas trajinan en el piso superior de la casa; a ti te perturba el narrador, al que no invitaste y que sin embargo dejaste entrar en la frase primera de tu relato. Enciende otro cigarro para reflexionar. Seguramente lo llamaste porque te sentías incapaz de agarrar el suceso por ti mismo. El suceso. *Qué suceso*, pensarás. Las colegialas se desnudan, vagamente se desnudan. Antonio las recuerda. Teresa, desde el jardín, apuntala una visión que te sacude tanto o más que el olvido del arbolito, al que ya no ves entre las frondas pues hace tiempo que dejaste de guiar tus pasos desde la contemplación de la acuarela de tu hija.

Necesitarás seguir escribiendo. Hacer tuya la trama. Mover los hilos con una maestría de adjetivos meticulosos y evitar que el narrador conquiste a esa mujer que es a la vez la mujer de tus sueños.

[Todo cuentista se nutre a partes iguales de una materia tocable y de una materia indefinible que tiene más que ver con lo onírico que con lo fantasmal]. ¿Te preocupa eso? ¿Qué al final la trama derive hacia una alucinación de la duermevela? Propongo que te detengas y leas lo escrito, que fumes despacio, aunque mejor no te engañes más: el relato ha adquirido una

soberanía que te condena a ti, escritor frustrado de relatos de fantasmas, a la nada más absoluta. Ya no habrá forma de colocar el arbolito, ya no habrá forma de recuperar el pulso, ya no habrá forma de hacerlo tuyo, pues sus personajes acaban de consumir la emancipación de sus vidas.

Conviene que te levantes de la silla y fumes apoyado en el cristal de la ventana, mientras Lisboa amanece sobre los parterres con una luz difusa de cenizas, y calcules una venganza con la que reconducir este texto que —ahora sí lo sabes— te mantendrá excitado durante las próximas semanas. Hasta que decidas quemarlo, como tantos otros textos que nacieron con la marca de la Muerte en el signo de su Nacimiento.

Una última mirada a la acuarela y a la foto donde tú y tu mujer os abrazáis bamboleados por los efluvios del Caribe, obrará la ilusión siempre reconfortante de que lo que al menos existió una vez queda impregnado para siempre en la memoria. [Recordarás a Antonio Vasconcellos asido a la memoria fantasmal de las colegialas del segundo piso de su casa]. A esas alturas habrás decidido que mientras maquinas la forma de reconducir tu cuento, ellas dos estarán ahí, durmiendo en una lejanía abarcable. Te parecerá oír los resuellos de sus sueños mientras una brisa fantasmal sacude las ramas del arbolito. Allá tú si lo que quieres es seguir engañándote.

Sugiero que te sientes. Que enciendas el último cigarrillo y que pienses que hay cosas que no pueden contarse más que desde una óptica brutal y decididamente extraordinaria. Para entonces, desde las páginas finales del cuento que te resistes a escribir, pero que está cerrado con la única forma cabal de cerrarlo, redondo, total, con tu mujer de mi brazo, con tu hija embadurnada de pigmentos amarillos y rojos y verdes, te iré mostrando los rincones de mi casa. Esta casa que es, en tus propias palabras, una isla luminosa entre un mar de piedra vieja.